

Las revisiones feministas contemporáneas de *La Bella Durmiente* en la literatura de las Américas

Carolina FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ. Universidad de Oviedo

Con el inicio de la década de los setenta, muchas son las escritoras que ven la necesidad de llevar a cabo una revisión del género de los cuentos de hadas, tras haber comprobado que la ideología patriarcal aparece perfectamente inscrita en un buen número de relatos maravillosos. A la cabeza de este movimiento revisionista aparecen los países anglosajones, siendo EE.UU. probablemente el que más revisiones feministas haya producido. Sin embargo, el fenómeno de la re/escritura feminista es igualmente constatable, aunque en menor medida, en las literaturas hispánicas. A los efectos de ofrecer un ejemplo de cómo se ha estado llevando a cabo dicha re/escritura tanto en lengua inglesa como en castellano, he tomado el cuento de "La bella durmiente", uno de los más revisados en las últimas décadas. El estudio de las revisiones de este relato que han llevado a cabo un buen número de escritoras americanas permite, por un lado, mostrar diferentes estrategias literarias que pueden ser empleadas en la deconstrucción de los arquetipos patriarcales que están inscritos en las narraciones tradicionales; por otra parte, dicho estudio refleja en cierta medida lo que ha sido la historia del feminismo en las últimas décadas del presente siglo.

Cabe señalar que el cuento de "La bella durmiente" no sólo ha sido "revisitado" por las escritoras del continente americano, sino que también varios escritores han decidido volver a contar dicho relato desde su particular punto de vista, que no ha sido siempre necesariamente feminista. Tal es el caso, en lengua inglesa, del estadounidense Robert Coover y de su novela postmoderna *Briar Rose* (1996); en castellano, dentro de la reescritura no feminista puede clasificarse a Gabriel García Márquez, quien con su relato breve, "El avión de la bella durmiente" (1982), toma el motivo de la joven de beldad deslumbrante que yace inerte para convertirla en un símbolo de la belleza por antonomasia. Dicha representación simbólica de la belleza está en plena consonancia con la ideología más tradicional: la mujer encarna el ideal; el hombre, por su parte, lo contempla, sufre un éxtasis y, posteriormente, obtiene la inspiración necesaria para producir una obra de arte. Eso mismo es lo que le ocurre al narrador de "El avión de la bella durmiente", que pasa todo el tiem-

po que dura su vuelo obsesionado por causa de su compañera de asiento, una bella pasajera sumida en un profundo sueño que ha conseguido por medio de tranquilizantes, ensimismado en fantasías mil y abandonado al placer de contemplar a una mujer bella e inmóvil, para después, terminado el vuelo y recuperado de la catarsis que sigue a la experiencia artística, producir un relato corto en el que queda todo ello recogido.

Volviendo sobre el análisis de las revisiones feministas de “La bella durmiente”, resulta conveniente proceder de manera cronológica y lineal. En primer lugar, tomaré, pues, en consideración las obras producidas a comienzos de la década de los setenta. Entre éstas de hallan el poema “Briar Rose (Sleeping Beauty)” (1971), de la estadounidense Anne Sexton; el relato brevísimo “La bella durmiente del bosque y el príncipe” (1973), del argentino Marco Denevi, y el relato corto “La bella durmiente” (1976), de la puertorriqueña Rosario Ferré. Estas tres reescrituras comparten un conjunto de características marcadas por el pesimismo. Para entender éste es necesario recordar que en este momento histórico está empezando a resurgir lo que se ha dado en llamar el “feminismo de la segunda ola” y que, desde el punto de vista teórico, el pensamiento feminista se halla aún en un estadio poco desarrollado. Por el momento, a las teóricas feministas les resulta fácil reconocer una unidad global de las mujeres basada en la experiencia común de la desigualdad. Sin embargo, no les resulta tan fácil descubrir las salidas a todas las situaciones de injusticia que han sido institucionalizadas y naturalizadas gracias a siglos de patriarcado. Paralelamente a lo que ocurre a nivel teórico, los textos literarios feministas desvelan la existencia de un arquetipo sobre la feminidad que constriñe las posibilidades de acción de la mujer y la construye como un ser bello, pasivo, avocado a ser objeto sexual del hombre, alejado del conocimiento y de la producción artística e irremediabilmente destinado a la maternidad en el seno de un matrimonio heterosexual. Las tres reescrituras de este período ponen de manifiesto todo esto y señalan también las nefastas consecuencias que tiene el ideal patriarcal de la feminidad sobre las mujeres, pero su cometido finaliza casi por completo ahí.

El poema de Anne Sexton nos muestra a una Bella Durmiente que ha sido víctima de la pasión incestuosa de su padre durante la niñez; cuando, ya adulta, se casa con su Príncipe Azul, no logra superar el trauma del incesto y, en ese sentido, permanece por siempre víctima de su padre. No es que no halla para ella un maravilloso despertar por el beso de su príncipe, sino todo lo contrario: la Bella Durmiente de Sexton desearía con todas sus fuerzas conciliar un sueño que jamás le llega, porque vive atemorizada por las pesadillas y los recuerdos de las relaciones sexuales que mantuvo con su padre. Pero en el texto no se reconoce ninguna salida para ella.

El breve relato de Marco Denevi está también protagonizado por una mujer insomne; ésta, sin embargo, es dueña de su vigilia. De hecho, la Bella Durmiente de Denevi es un personaje despierto no sólo en sentido literal, sino también figurado.

donde el estar despierta implica el tener conocimiento de las relaciones de poder y las jerarquías que se derivan de la construcción patriarcal de los géneros. Pese a esto, la Bella de Denevi no sabe cómo desvincularse de esas redes de poder, de ahí que haya de recurrir a la simulación del sueño más profundo o, en otras palabras, del más absoluto desconocimiento; sólo así podrá conseguir el amor de un príncipe, y únicamente después de haber conseguido éste podrá ocupar un lugar digno en su mundo.

Frente a la simulación, para la mujer presa en el patriarcado el cuento de Rosario Ferré ofrece una salida mucho más radical, si bien nada apetecible: la muerte. La Bella Durmiente de esta escritora puertorriqueña, de hecho actúa de modo que empuja a su marido a asesinarla, en un nivel superficial por haber cometido adulterio, pero en el profundo por haber desoído la prohibición de volver a los escenarios y por haber descuidado sus obligaciones como madre. El relato de Ferré es sumamente interesante por múltiples razones, entre las que destaca su técnica narrativa; además, plantea uno de los temas más acuciantes para muchas mujeres, como es el de la imposibilidad que se les impone en el sistema patriarcal de compatibilizar la función procreadora con la de la creación artística. Ferré, tal vez escribiendo desde postulados feministas aún poco desarrollados a nivel teórico, no ha logrado presentar a una protagonista que pueda conjugar su pasión por el ballet con la vida familiar; en lugar de tomar partido por una de las dos facetas de su vida o incluso hallar vías para disfrutar de las dos, la Bella de Ferré termina con su vida después de haber llegado a la conclusión de que entre sus derechos no está el de escoger una vida que no esté condicionada por la ideología patriarcal.

A partir de finales de los setenta, con el creciente auge del feminismo y el rápido crecimiento de una bibliografía teórica que explora los procesos que tienen lugar en la construcción genérica y las posibilidades de interrumpir la performatividad del género se produce un cambio radical en el campo de la reescritura de cuentos de hadas, especialmente en el mundo anglosajón, si bien no es posible afirmar lo mismo con respecto a otros ámbitos culturales en el continente americano. Así, en las últimas décadas las escritoras estadounidenses que han producido reescrituras de "La bella durmiente" han dado un paso adelante en relación a sus antecesoras, en tanto en cuanto han sido capaces de proponer alternativas a las rígidas construcciones patriarcales y, además, han ofrecido Bellas Durmientes que encuentran salidas a las situaciones de injusticia, frente a las frustrantes respuestas de sus antecesoras, que incluían la pasividad, el fingimiento o el suicidio.

En el poema "Sleeping Beauty" (1977), Olga Broumas presenta a una Bella Durmiente que rechaza la norma heterosexual, dejándose despertar no por el convencional Príncipe Azul de las historias tradicionales, sino por una mujer que responde al bíblico nombre de Judit; la heroína judía que aprovechó la embriaguez del caudillo asirio Holofernes para asestarle una puñalada mortal y así ganar la

liberación de su pueblo se transforma en el poema de Olga Broumas en una mujer transgresora que libera a la Bella Durmiente a través de su amor homosexual. En los versos de Broumas esta liberación se representa simbólicamente mediante el contraste entre el mundo patriarcal, violento y lleno de prohibiciones, y la relación entre la Bella Durmiente y su amante Judit, caracterizada por la alegría, la canción, los besos de amor que, independientemente de su desviación de la norma heterosexual, no pueden estar sino positivamente connotados; finalmente, el rasgo de transgresión que va unido a dicha relación aparece como un sinónimo de la libertad que la define.

En la década de los ochenta este optimismo que hallamos en Broumas continúa en el cuento de la también estadounidense Jane Yolen, titulado *Sleeping Ugly* (1981). La solución de Yolen para los problemas de la Bella Durmiente patriarcal pasa por una redefinición del concepto de belleza que incluye, por un lado, la negación del binomio belleza-virtud como un par natural y necesario, y, por otro, el reconocimiento de la imposibilidad de emitir juicios estéticos al margen de consideraciones éticas y características psicológicas. El cuento de Yolen está protagonizado por dos muchachas durmientes; al final, sin embargo, sólo una de ellas se alza como la heroína que consigue para sí los favores del Príncipe Azul; lo interesante es comprobar que la joven que alcanza la condición de heroína no responde al estereotipo de belleza de otras heroínas tradicionales: su belleza está por encima de la adecuación de sus rasgos físicos a un modelo predeterminado por la norma patriarcal. Yolen, pues, consigue transcender las rígidas estructuras patriarcales que estipulan un solo modelo de belleza y lo condicionan a la asociación entre unos rasgos físicos dados y una virtud que en el caso de la mujer implica pasividad, virginidad, desconocimiento, vulnerabilidad e impotencia, entre otras cosas. Al superar esto, Yolen incrementa sustancialmente las posibilidades de obtener un rango de heroína que conlleva una multitud de rasgos físicos, morales y psicológicos entrelazados de formas muy diversas.

En los noventa, el cuento de la estadounidense Jill McCorkle, "Sleeping Beauty, Revised" (1992), realiza asimismo una ampliación de las opciones que tiene ante sí la mujer para construir su identidad. En concreto, McCorkle desarrolla los conceptos de familia y de maternidad; así, en su relato, una Bella Durmiente divorciada y a cargo de un hijo pequeño termina por reconocer su idoneidad como madre, pese a la insistencia de la sociedad de que sin un hombre a su lado su familia deja mucho que desear. De nuevo nos hallamos frente a un caso en que las rígidas estructuras patriarcales dejan paso a otras opciones: la maternidad puede llevarse a cabo con pleno éxito en solitario; la familia, por tanto, no ha de estar necesariamente formada por un hombre, una mujer y los hijos biológicos de ambos para proporcionar bienestar y felicidad a sus miembros.

El optimismo que se desprende de las obras de las autoras norteamericanas, sin embargo, no halla eco en la misma medida en la obra de otras autoras al margen

del mundo anglosajón. Ejemplo de esto lo constituyen la argentina Luisa Valenzuela y la jamaicana Erna Brodber, cuyas reescrituras de "La bella durmiente" han aparecido publicadas en la década de los noventa y de los ochenta, respectivamente.

Valenzuela es autora de dos revisiones de "La bella durmiente", ambas de 1993. En una de ellas, "Príncipe II", la escritora se limita, al igual que hicieran sus predecesoras dos décadas antes, a poner de relieve la pervivencia de los modelos patriarcales de feminidad y masculinidad. Así, la Bella Durmiente de Valenzuela aparece como una joya, es decir, un objeto de gran belleza y cuyo valor reside en su inmovilidad y su virginidad, la cual está eternamente preservada gracias a que la joven se halla expuesta en un sarcófago de cristal que, a su vez, se encuentra en una estancia de palacio perfectamente alejada de cualquiera que quisiera mancillarla. Por su parte, el Príncipe Azul es un joven muy apuesto y plenamente consciente de que sólo para él está destinado el papel de liberador. La diferencia entre este príncipe y otros de las versiones tradicionales radica en el hecho de que él no desea besar a la Bella Durmiente, al menos no antes de haber descubierto la forma de hacer volver a una mujer a la vigilia sin despertarla, a un tiempo, "a la vida, al mundo, a sus propios deseos y apetencias" (136). Valenzuela no consigue resolver la historia más allá de lo expuesto hasta el momento; su princesa, pues, habrá de seguir durmiendo mientras el Príncipe continúa buscando una fórmula aún más perfecta de mantenerla subyugada bajo la apariencia de libertad. Con este cuento de Valenzuela nos hallamos frente a una actitud de pesimismo y falta de ideas acerca de cómo solucionar los problemas de jerarquías que conlleva el sistema patriarcal.

En "No se detiene el progreso", en cambio, se apunta, aunque sutilmente, hacia ciertas soluciones, si bien no todas ellas serían aceptables dentro de un planteamiento que busque modificar una situación injusta para un grupo sin producir otra igualmente abusiva para un colectivo distinto. Dos son los personajes femeninos que merecen atención en este cuento: el de Brhada, el hada mala, y el de la Bella Durmiente. El primero de ellos es, a mi juicio, un modelo positivo de feminidad que se aparta de la norma patriarcal. Brhada es una anciana cargada de poderes, orgullosa de las marcas que el tiempo ha ido imprimiéndole a su piel y poseedora de una vitalidad que se manifiesta en su extraordinaria capacidad creadora, rasgos todos estos por los que se distingue de otros personajes femeninos más convencionales a los que les está prohibida la creatividad y toda forma de poder y para los que, además, la vejez supone una terrible amenaza, por cuanto que destruye sus encantos físicos, es decir, su moneda de cambio en el mercado del matrimonio. La Bella Durmiente de Valenzuela, por su parte, responde durante todo el relato a lo que se espera de ella en las versiones tradicionales: que aguarde plácidamente dormida la llegada de su liberador, que sea extremadamente bella, que acepte encantada los favores sexuales que le preste el príncipe a su llegada, que la adornen todas las gracias femeninas, es decir, que sepa "cantar y bordar y hacer bolillo" (133). Sin embargo, como ya se apuntó anteriormente, hay ciertos rasgos

en la Bella Durmiente de Valenzuela que sugieren transgresión y rebeldía: en primer lugar, el cuerpo de la joven desprende “un cierto olor a moho y su bello púbico se hace como de líquen” (133); al príncipe estos detalles no le importan demasiado, pero es obvio que la joven está tratando de rechazar a su rescatador utilizando su cuerpo como arma de defensa. En segundo lugar, sorprenden los sueños de una Bella Durmiente cuya mente produce víboras, una sangre que se transforma luego en clorofila, un cuerpo que ruge... Y al final del cuento, en la confusión entre el sueño y la vigilia, el cuerpo de la Bella Durmiente se transforma en un ser vegetal, y de sus brazos “van creciendo poco a poco unos zarcillos viscosos” (133) que atrapan al príncipe. No se nos cuenta qué ocurre después de esto, pero todo parece indicar que la Bella de Valenzuela ha encontrado en su cuerpo transmutado la fuerza necesaria para aprisionar al príncipe, dando así la vuelta a las relaciones de poder previamente existentes.

El *corpus* de obras de escritoras latinoamericanas que reescriben el cuento de “La bella durmiente” en las décadas de los ochenta y los noventa no es muy amplio, por lo que sería muy osado tratar de hallar una explicación convincente sobre las causas por las que autoras norteamericanas como Olga Broumas, Jane Yolen o Jill McCorkle han sido capaces de emprender su tarea revisionista cargadas de optimismo y una amplia oferta de ideas sobre cómo deconstruir los arquetipos patriarcales, mientras que la argentina Luisa Valenzuela ha aportado poco más que una nueva reinscripción del rechazo al sistema patriarcal y una posibilidad de superación del mismo basada en la inversión de las funciones. Tal vez podría apuntarse aquí como posible explicación el hecho de que, al menos a nivel institucional, el feminismo en EE.UU. cuenta con un mayor apoyo y una historia considerablemente más larga que permite ver el futuro de las mujeres desde una óptica más esperanzadora, lo cual, a su vez, se traduce en inscripciones literarias de unos procesos de construcción de la identidad mucho más variados que, además, permiten un grado de libertad y poder más amplio para las mujeres.

Otro ejemplo de reescritura en la que una Bella Durmiente de las dos últimas décadas no tiene ante sí una buena salida lo constituye el cuento de la jamaicana Erna Brodber, “Sleeping’s Beauty and the Prince Charming” (1989). En este relato la heroína aparece como un ser doblemente colonizado, tanto por su condición femenina como por pertenecer a la raza negra. Su cuerpo es alternativamente un ente invisible o fuente de grandes padecimientos, representación simbólica de las injusticias a que lo somete el poder, ya sea imperialista o patriarcal. La colonización patriarcal que sufre llegaría a su fin en el momento en que su compañero, su Príncipe Azul, aceptara compartir con ella sus cargas; el texto de Brodber, además, sugiere que gracias a este trabajo en común se podría poner fin a la otra colonización, la imperialista. El Príncipe de Brodber, sin embargo, rechaza la idea de la cooperación y abandona a la Princesa a su suerte; ésta, en consecuencia, queda condenada a no despertar jamás del todo, a sufrir grandes dolores y a no poder unir plenamente su cuerpo y su alma.

Ante el cuento de Brodber es fácil concluir que a las reivindicaciones feministas de las norteamericanas blancas y de clase media hay muchas otras que añadir, según el momento histórico que se esté considerando o el espacio físico concreto sobre el que se esté trabajando. Esta necesidad de contextualizar el feminismo da lugar a los "feminismos" de los que se habla hoy en día. A la vez, ofrece una idea de cómo es posible que con la tarea de reescribir un mismo cuento, el de "La bella durmiente" en este caso, se logren resultados muy distintos según las coordenadas geográfico-temporales desde las que se haya realizado la reescritura; de ahí que la panorámica que se obtiene al observar las revisiones de "La bella durmiente" en el continente americano a lo largo de las tres últimas décadas sea un canto a la diversidad y un recordatorio de que América no es una, sino muchas.